

Colmillos de muchachos

CARLOS MARIO CORREA SOTO

Es domingo en la mañana. Los muchachos acaban de llegar de la ciclovia y se notan sudorosos y sedientos como los perros, a los que les cuelga la rosada lengua palpitante y dejan observar la poderosa hilera de agujas blancas. Sus amos los tiran con fuerza de las cadenas para evitar que se olisqueen y puedan hacer presa en el cuello y el hocico.

La ceremonia apenas comienza. Días después la pelea tendrá un final sangriento. Una historia en la que perros y muchachos se traban sin compasión en una batalla feroz que nos revela otra cara del culto a la violencia en el mundo de hoy.

Federico le da una chupada intensa al cigarrillo de marihuana. Se pone en cuclillas y arroja una bocanada espesa y olorosa en la nariz de Stalin, el Pit-bull Terrier barcino que lo acompaña y que esquiva el humillo dando hociadas contra el suelo. Su amo le pega coscorriones y lo tira del collar. Pasa el varillo y los otros cinco muchachos, uno a uno, hacen lo mismo con sus perros, en un círculo de gruñidos y ladridos cerrado en mitad del parquecito.

Es domingo en la mañana. Los muchachos acaban de llegar de la ciclovia y se notan sudorosos y sedientos como los perros, a los que les cuelga la rosada lengua palpitante y dejan observar la poderosa hilera de agujas blancas. Sus amos los tiran con fuerza de las cadenas para evitar que se olisqueen y puedan hacer presa en el cuello y el hocico.

Alguien grita:
-¡Caréenlos, caréenlos!
Federico y otro de los muchachos se corren para atrás ensanchando el círculo: cada uno aprieta a su perro de los cuartos traseros, con las rodillas, y lo maneja con las dos manos del collar, armado con puntas de hierro, azuzándolo contra el otro. Los pit-bulls ladran enfurecidos y se tiran dentelladas pero sus amos, halándolos hacia atrás, no dejan que den en el blanco: el hocico, el cuello.

Stalin, aprovechando un descuido de su amo, lanza una dentellada y logra raspar el pelo y dejar una estela de babaza en la cabeza maciza del contrincante, un perro mayor, de capa negra,

zapatos y pecho blancos, que responde al nombre de Amín Dadá, y que encolerizado, pero retenido por el amo, le clava los colmillos al aire.

- ¡Soltémolos! ¡Soltémolos! -le propone su dueño a Federico. Pero éste, retrocediendo con Stalin, contesta:

-Las güevas, parce, apenas lo estoy entrenando.

El círculo se disuelve y los muchachos se sientan en la acera a conversar. Pasan el marihuano de mano en mano, de boca en boca, invadiendo con el aroma el lugar, que a medida que crece la mañana se torna ruidoso por el barullo que forman la mezcla de ladridos con la música rock que marca el ritmo de las clases de aeróbicos en el Gimnasio Uros.

A intervalos, los perros son apaciguados por los amos. Descansan sentados sobre sus patas traseras. Uno de los muchachos les riega agua en la cara y el lomo y ellos lamen los mojados en su pelo corto, liso y brillante. No obstante, aunque han dejado de ladrar, continúan inquietos y van cambiando de posición, olfateando el suelo, babeando los cuerpos y las ropas de los amos que los mantienen prendidos de las cadenas y distanciados unos de otros.

-Claro que con Stalin tendrá que comer mucha mierda, ahí donde lo vé es más liso que un putas -apunta Federico.

Este parquecito, sombreado por un mango y algunos árboles maderables, es la arena preferida en la que los muchachos de Medellín se reúnen a exhibir la

bravuconería de sus perros. Está situado en la parte posterior del centro comercial Obelisco, en la calle 48A, entre las carreras 74 y 75. En los últimos años este sector de la ciudad se ha convertido en el principal mostrario de los perros. Un domingo o un día festivo, a las diez de la mañana por preferencia, hay por todos lados figuras de lenguas agitadas y ojos de brillo penetrante hundidos en sus órbitas. Se escuchan ladridos de ejemplares feroces y chillidos de cachorros de razas consentidas.

Pero los que sobresalen haciendo tránsito por allí son los Pit-bulls Terrier, los Rod Wailer, los Boxer y esporádicamente un Mastin Napolitano, perros fuertes y agresivos, que son paseados orgullosamente por sus amos, adolescentes (algunos, niños todavía), casi todos tan recelosos como los animales y vestidos deportivamente. Lucen cachuchas, camisetas largas y anchas con letreros enormes (yo!, Adidas, Little, Nike, Yoko), pantalonetas largas, tenis tricolores de marcas extranjeras, y motilados al rape o al estilo punk.

-Stalin desde cachorrito ha mostrado su clase. Le cascó a todos los de su camada, lo tuvieron que separar porque les tenía las orejas vueltas una llaga -le cuenta Federico al compañero que tiene más cerca.

-¿Y quiénes son sus padres? -interroga éste.

-Stalin tiene un linaje tenaz. Es de la segunda camada que tuvo Sacha, una perra de élite ya retirada. Y el padre es Jack, un perro clasudo, muy admirado.

Dos policías llegan en moto y descienden en la esquina. Los muchachos los advierten.

Lentamente toman sus perros y solos, en parejas, o en grupitos, se van dispersando por las calles del sector del estadio. El eco sigue ladrando en los corredores

del Obelisco, llenos con los deportistas del fin de semana que se refrescan y con los aficionados que van para fútbol. A varios se les nota lelos mirando las contorsionistas que hacen aeróbicos en el Uros.

PODER DE RAZA

Sacha tiene dos años y un tesoro de fiereza en su vientre fino. Con tres camadas (de 6, 7 y 9 cachorros) es una matrona Pit-bull apreciada por los muchachos de Medellín que la conocen desde cuando tenía un mes, y Johncito, su amo, la traía a las reuniones del Obelisco, desde su casa en el barrio La América, metida en la cajuela de su moto.

En la casa, Sacha se tira patas arriba para que los visitantes, especialmente las mujeres y los niños, le rasquen las tetas. Cuando su amo la llama, acude hasta él y le trepa las patas delanteras en los hombros y le soba la cara con el hocico.

Convive con un Charpei, un Mastín Napolitano y una hija, Piraña, de su última camada.

-Pero Sacha mira a los otros perros con ojos de sangre y éstos no se le arriman -dice su amo.

Es bajita, con no más de 40 centímetros de largo y 25 kilogramos, con el pecho y las caderas cuadradas, sin nada de cintura. Tiene las orejas recortadas muy al rape. Su capa es café oscura con la pechera blanca, y motitas de algodón en los zapatos. Su mirada es inteligente y cautelosa.

Fue adquirida por Johncito con 120 mil pesos que le regaló su papá como aguinaldo. Y a los siete meses era protagonista en los encuentros de la gallada los domingos.

-Uy, ¡qué nota! Johncito trajo la Sacha, la primorosa, comentaban -recuerda su dueño.

-Uy, ya viene a darse el roce, a mostrar finura -decían los

parceros cuando los dos llegábamos.

Johncito hace memoria :

-Y a esa edad sí que tenía finura la Sacha. Imagínese la con sus ojos unas veces como verdosos y otros como amielados, y su color café. Hágase de cuenta como una pelada con la piel color canela y los ojos verdosos. ¡Qué cosa!, toda fibrosa y altanera. Y era capaz de pelear dos tres veces en el día contra perras y perros más grandes.

-Y ¿sí es verdad, parce, que se mantuvo invicta? -le pregunta uno de los muchachos a Johncito.

-No le miento parce, cuando los chirrinchos no se metían con la gallada para multar y decomisar los perros, Sacha peleó por ahí 50 veces aquí en el Obelisco, por Belén, por la América y La Floresta, y la llevé a Aranjuez y Bello, y siempre ganó. Ningún perro le dio la talla, ni siquiera los más malosos. Se hacía respetar.

-¿Entonces por qué la retiró calidad? -lo interroga otro de los muchachos.

-Un man de El Poblado me ofreció hasta dos millones por ella para meterla a las peleas que él hace. Pero yo me puse a ver la chácara que le quedó en el cachete por un colmillazo de un perro de dos años que le dio duro un día, y me remordió la conciencia. Cuando estaba preñada otros manes me ofrecieron más plata para llevarla a pelear, es que en ese estado son muy apetecidas las perras porque se vuelven más agresivas.

Continúa hablando:

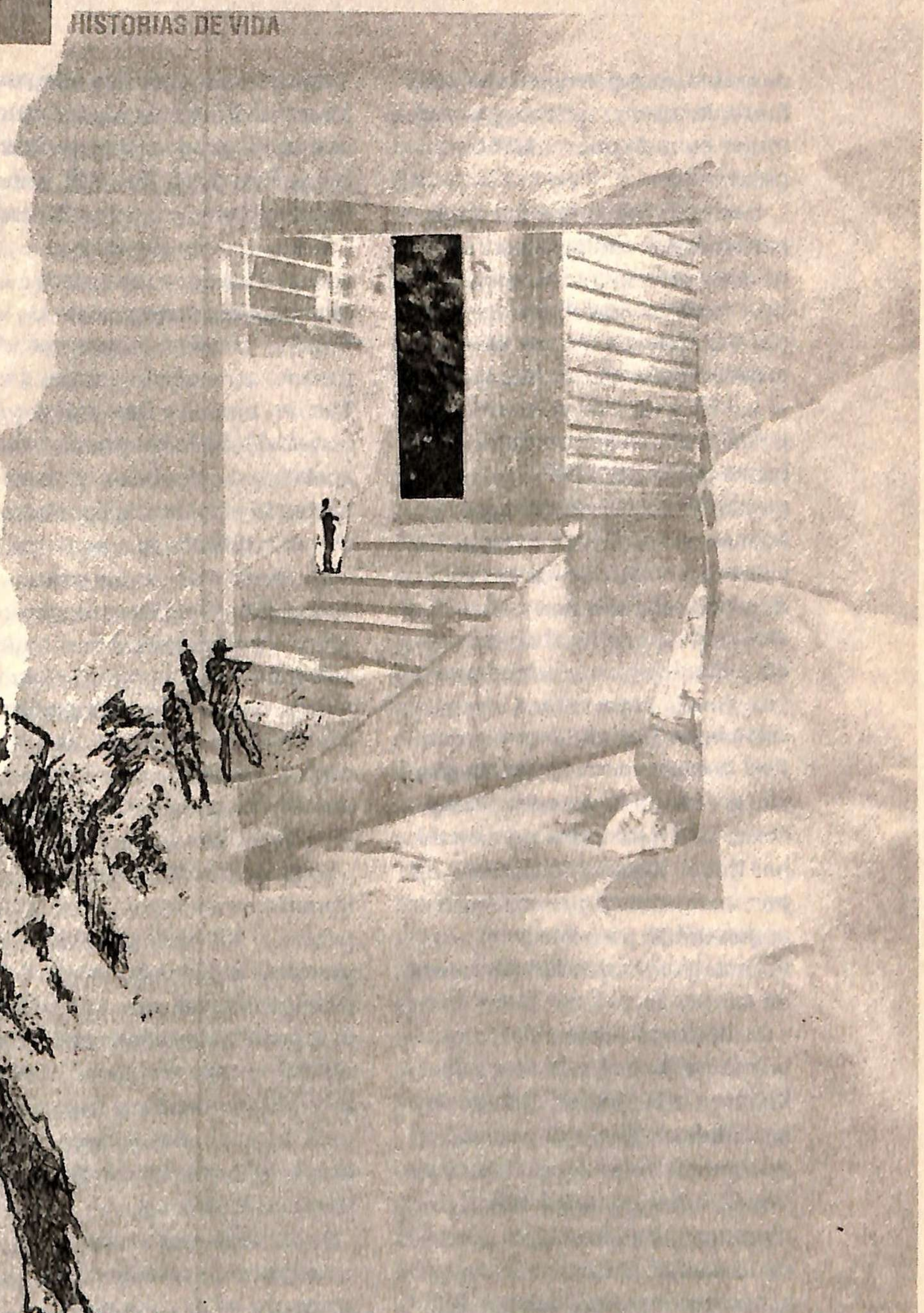
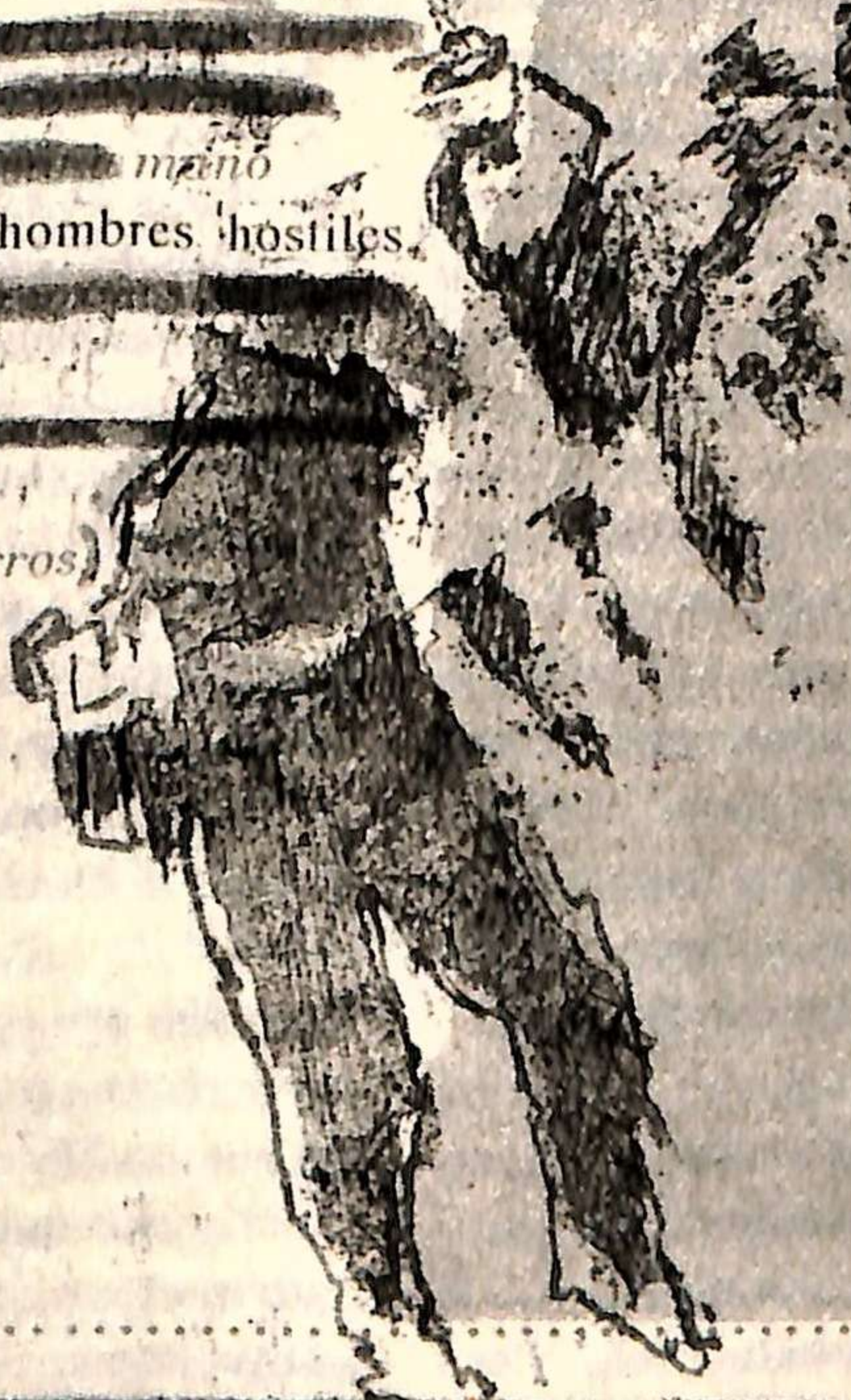
- Sacha hizo historia, nunca perdió y se retiró con honores. Con las crías me ha seguido dando el billete. He vendido todos los cachorros a \$200 mil los machos y \$120 mil las hembras. Antes de que Sacha tuviera los perros en los partos, ya los tenía negociados. Ya volvió a entrar en calor, pero voy a dejarla descansar porque de tanto ponerla a criar también se

el conflicto ronda

[Redacted text block]

odiamos la *mano* *mano*
armada de los hombres hostiles

(le soltamos los perros)



[Redacted text block]



desgasta, aunque no se vea por fuera, le pasa lo mismo que a una mujer cuando tiene muchos pelaos.

-Sacha se había vuelto como paranoica de tanto pelear. Le tiraba a todo lo que se movía. Una vez iba con ella por la ciclovía y de pronto me pegó un arrastrón y le dio un mordisco en el cuello a un Pastor Alemán. El pobre perro duró dos días herido hasta que murió. Lo tuve que pagar. Y eso que no lo cogió, cuando estos perros cogen a otro ya no lo sueltan, ahí si le desobedecen al amo.

-Y así han salido sus hijos, clasudos como ella. Imagínese que Piraña la poníamos a pelear con perros al mes. Y cascó a un Rod Wailler como de medio año. Hora, con cinco meses ya tiene como seis demandas por la casa, por haber mordido a varios perritos. Hasta un cucho trató de envenenarla para vengar a su French Poodle que Piraña mordió en las orejas.

Sacha tiene sangre de los primeros Pit-bulls Terrier que llegaron a Medellín a finales de los ochenta. Fueron importados de Estados Unidos por Clara Inés Tobón y Betty Puerta, dos reconocidas criadoras de perros de la ciudad. Entonces los cachorros machos, que son los que prefieren los adolescentes, costaban entre 800 mil pesos y un millón. Hoy se consiguen desde \$100 mil por la proliferación de los criaderos en municipios como San Pedro y Copacabana, y en las casas de varios muchachos que los tienen por negocio.

Las peleas de perros fueron exportadas a los Estados Unidos por los mineros ingleses durante el siglo XVIII. Hoy subsisten en algunos estados del sur de forma ilegal, aunque toleradas. En ellas se emplean Pit-bulls Terrier que no deben ser confundidos con el American Staffordshire Terrier (mas grande y menos agresivo).

Ambos ejemplares se crían en Medellín. Proviene de los cruces que se hicieron en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII, entre Bulldog (perros toros) y diversos Terriers (perros de caza, adiestrados en la captura de animales de madriguera). Al Bulldog, considerado demasiado pesado, se le añadió sangre de Terrier, un perro mas ágil y testarudo. Se le conoce con el apelativo de gladiador canino, haciendo alusión a la época en que era utilizado en combates con otros perros en los corros conocidos en inglés como pits.

Este tipo de espectáculo, cuyos orígenes se remontan a la edad media, fue muy popular en Gran Bretaña, con el nombre de bull baiting. Allí los perros -sobre todo Bulldog- se enfrentaban a toros sujetos a una cuerda.

En el siglo XVIII, bajo el impulso de los reyes y de los nobles, y con el desarrollo de las grandes ciudades que trajo consigo la revolución industrial, el espectáculo se diversificó y se utilizaron todo tipo de animales salvajes o domésticos (tejones, osos, asnos, caballos, monos, leones, y leopardos) en lugar del tradicional toro.

Se buscó con ello renovar el atractivo del espectáculo, aumentar el importe de las apuestas, y hacerle la competencia a las populares peleas de gallos y a los rats killing matches, donde los perros -sobre todo los Bul Terrier- competían persiguiendo y destrozando ratas.

-La ventaja que tiene Sacha es que siempre ha podido escoger los perros reproductores para mantener la finura de la raza -dice Johncito.

-Fíjese que Jack tiene la capa blanca con manchas grises que no es común. Era un gran peleador que se salvó de morir en su ley por su belleza, ya que su dueño vio que era mejor ponerlo de padrón porque es tan bonito

que no se justificaba dejar que le dañaran la cara. Es lo mismo que un boxeador con nariz perfecta, qué se va a poner a pelear.

-Cuando su amo lo prestó para el brinco con Sacha la condición fue que le regaláramos uno de los perritos de la camada. Y un domingo, cuando ese man venía para acá a darle un roce a Jack, cuatro pelaos malosos, de una bandita, lo amenazaron con fierros y se llevaron el perro. Lo llamaron y le pidieron como rescate por el viejo el perrito hijo de Sacha que les dimos cuando crió, o sea uno de los hermanitos de Stalin...

LA MANO DEL AMO

Stalin acaba de cumplir un año y medio de vida. Federico lo trae a las reuniones del Obelisco, aunque sabe que ya los chirrinchos se lo tienen fichado como perro de pelea y lo han amenazado a él con encanarlo o quitárselo si continúa metido en refriegas. Y ya debe dos multas.

- Stalin completó 15 peleas invicto. Y ha cogido nombre. Le cascó duro a Danger, el perro de chorrillo, ese man de Belén, que nunca había perdido con ninguno -le cuenta Federico a uno de los muchachos que se han reunido esta mañana de domingo en el parquecito.

Hay ciclovía y el grupo es grande y bullicioso.

- ¿Cómo, parce, qué le cascó a Danger? Si ese perro ha sido un buen toro para las peleas, y Chorrillo dice que es de linaje de Baretta, el mejor que se ha visto en "Medallo", lástima que haya terminado su carrera. Uy, isí es así, entonces usted está echo parce! -le dice el muchacho a Federico.

-Así como lo oye parce, le cascó a Danger, ese perro es un asesino el hijueputa, y Stalin nunca se patrasió. Si no es porque Chorrillo y yo casamos la pelea a vencimiento (al que primero se

rindiera), ese hijueputa se va de cajón -y sigue hablando de ese combate.

-A la media hora tuvimos que cortarle la respiración encuellándolo y echarle soda en los ojos a Stalin para que soltara a ese hijueputa. Le dejó el gañote en tiras como una trapiadora. Chorrillo lo tuvo que recoger. Nada de raro que se haya muerto desangrado porque Chorrillo no tiene quien le colabore para curarlo, y le da miedo que lo pillen los chirrinchos si va donde el veterinario.

- ¿Cuántas veces se ha ido de cirugía Stalin? -pregunta uno de los muchachos.

-En dos veces lo he llevado donde un parcerero de La América, que lo ha operado bajo cuerda, porque los chirrinchos lo tienen en la mira por curar a los perros de pelea. Le han quedado estas chácaras que se ven aquí (cerca a la oreja derecha), por el combate con Danger. Ese malparido casi lo deja sordo porque le desgarró el oído de un sacudón.

-Ese man me cobra suave, 80 ó 100 mil pesos, y él mismo pone todo y le encima a uno antibióticos y suero para que el perro se vuelva a poner en forma -comenta Federico-. Stalin se ha recuperado en par guevazos.

-No me lo acaricie parce -le dice de repente a otro muchacho que se ha acercado para contemplar a Stalin. -Le da culillo a la hora de atacar. Este no es como los chandocitos esos que tienen para cuidar la casa. Stalin ya conoce su vida, ya sabe para qué es que lo tengo. Y en mi casa no dejo que nadie distinto a mí lo alimente o lo desamarre, porque se vuelve flojo.

Federico saca tres veces al día a Stalin a hacer las necesidades fisiológicas. Se pone los guantes de cuero para que la cadena con los tirones que este le pega no le saquen ampollas en las manos. Cuando se topa con otros perros o con los chirrinchos, Stalin

enseña los colmillos, se le eriza el pelo y se le paran los cartílagos de las orejas recortadas en forma de rosa. Trata de espantarlos con el ladrido enronquecido por las fauces potentes.

En su pieza de la terraza, de tres por tres metros, no lo puede dejar sin un hueso de calambombo o de plástico compacto, porque Stalin comienza a morder las paredes de adobe y a destrozar la puerta de madera. Le tiene una llanta de columpio para que Stalin se pegue de ella y desarrolle la potencia de las mandíbulas.

- Stalin -les comenta Federico a los muchachos que han formado una rueda en cuyo centro están él y su perro -todavía está cachucho, y esa arrechera, todos esos polvos que tiene subidos en la cabeza, como que le da más fuerza para sacudir a los otros perros...

Una nubecita olorosa a marihuana sube en espirales por el aire caliente de la media mañana. Una perorata de ladridos y voces de mando llena el ambiente, en un tire y afloje entre perros y amos.

-Stalin está listo para batirle con cualquier perro de élite, yo le tengo mucha fe que pueda casar una pelea que me ligue. Claro que por ahí hay unos manes que me lo tienen fichado. Yo sé que tienen perros para coger de quietos a los cuchos y las cuchas de por la casa. Imagínese usted parce que le pongan de frente a un can como Stalin y le digan: "bájese de lo que tenga o se lo echo", ahí no hay fierro que valga, si quiere que le diga...

-Claro que los Pit-Bull son muy nobles con la gente, no son como los Rod Wailler que sí le tiran a la gente -interviene en la conversación otro de los muchachos-. Yo le digo, pues, que le tengo miedo a un man con Rod Wailler, pero sé que uno con Rod Wailler le tiene miedo a otro con Pit-Bull.

En Medellín y su periferia las peleas de perros comenzaron como careos en fincas de narcotraficantes y dependientes de éstos a finales e los 80 y comienzos de los 90. Estos los adquirieron para guardianes atraídos por la bravura y la rapidez de sus reacciones, que lo hacen un perro particularmente eficaz.

Poco ladrador, agradable y lleno de vida, el Pit-Bull también se adapta perfectamente a la vida en un apartamento. Los muchachos de aquí, entusiastas de lo excéntrico, deseosos de apartarse de los lugares comunes y amantes de lo original (algunos hablan de lo alternativo), eligieron como compañero a este ejemplar que en sus orígenes fue propio de los mineros y de los asiduos a los cabarets.

En 1860 apareció en Birmingham, Inglaterra, el primer descendiente de Pit-dogs, digno de ser presentado en las exposiciones caninas. Era un ejemplar blanco con la cabeza más firme y más larga que los otros perros de combate.

Descendía del cruce de Bulldog y del Old English White Terrier enriquecido con sangre de Dálmata, algo de Greyhound, Whippet o incluso de Pointer.

De allí pudo haber tomado el perfil ovoidal que se ha acentuado recientemente en los Pit-bull. Hoy en día pueden tener la capa blanca, naturalmente, atigrada (barcino) o tricolor. La popularidad de la raza se produjo al terminar la Segunda Guerra Mundial, cuando fue utilizado como perro policía y como perro de caza mayor en África al resistir bien los climas tropicales.

- Parce, ¿te ha salido muy cariñoso el entreno del can? -indaga otro de los muchachos.

-¡Uy!, hermano, se me come en el mes \$60 mil de puro concentrado. Y desde los seis meses le vengo poniendo anfetam y complejo B, y las visitas al

veterino, eso se puede ir hasta \$100, se necesita buena money. Hasta tengo ganas de aplicarle inyecciones con hormonas de caballo para ponerlo a lo bien querido.

-¡Uy! Hermano, eso si les vuelve unos cuajos los hijueputa, parece -dice el que había preguntado.

Federico, desde los seis meses, saca a Stalin a trotar cinco y diez kilómetros todos los días. Lo amarra con una cadena larga de la cicla o de la moto que le presta un amigo, y va acelerando para darle una mayor exigencia al ejemplar que, además, lleva cinco kilos de arena o en barras de metal en los bolsillos de su chaleco deportivo.

-La constancia es la clave, solamente he parado el entrenamiento para recuperarlo de las chácaras que le han hecho en las peleas bravas. Stalin tiene mucha saltabilidad, un día que los cuchos me lo descuidaron, se tiró del segundo piso a la calle, y ni un rasguño, rebotó como una almohada por lo cuajo.

- Calidad -le reclama atención otro de los que hacen corrillo-. Pero los días antes de los combates el entreno debe ser tenaz, ¿cierto?

- Sisas parcerero -apunta Federico-. Lo primero es tenerlo amarrado lo más quieto que se pueda, estrecharle la perrera para que se estrese y le dé paranoia. Hay que dejar de darle de comer uno o dos días, y no dejar que en la casa se metan los cuchos con moralismo diciendo "que pesar, que eso es descaró", y al tercer día echarle algún animal vivo para que le saque trizas y conozca el olor de la sangre. Yo tengo una flecha que me consigue chandosos en la minorista, para que Stalin pruebe sus colmillos.

-Y también parece -añade otro- usted lo amarra y le tapa la cara con un trapo y lo castiga con carne cruda, les da una violentera que ni el putas.

Unos 12 muchachos con sus perros se habían apiñado para escuchar el amo de Stalin. De repente uno de ellos se percata que a poca distancia hay varios individuos en actitud de parabólica y visajeando sin perros. Todos se hablan con la mirada y cortan la conversación. Ensanchan el círculo y retoman su aspecto receloso. Aflojan las cadenas a los perros que tiran por delante de ellos, enseñando los dientes salvajes y alejando a los curiosos.

-¡Uy ! parece pilas, no puedo dejar que me calienten, que me echen al río. ¡No ve que estoy multado! -comenta Federico alejándose con Stalin lentamente por el corredor del Obelisco.

LA PELEA

Es domingo. Huele a sudor de Pit - bulls en el parquecito. Los muchachos, arrastrados por los perros, se van reuniendo. Conversan y ladran formando grupo. Gruñen y se provocan, unos y otros. Alguien prende la hierba y anima el parche.

- Tolis parece, será el sábado por la tarde en una finca por La Estrella, Federico nos invita.

-¿Y cómo es el play? -pregunta otro.

-Será un combate a vencimiento. Federico pone un paquete, y ese man dueño de Amín Dadá una R-X 115 (una moto), cuquita y fierruda.

-Ese será un combate a muerte, qué vencimiento ni qué hijueputas, con esos dos toros de canes -opina otro.

-Como yo he visto a Stalin, Federico corona, eso póngale la bancaria.

-Tenemos que estar pilas porque según lo que parle con Federico, ese man de "Juanpa" nos recogerá por aquí en la Mazda esa fierruda del cucho suyo, para llevarnos a la finca.

-No hay problem -añade-. Ahora mismo cuando caiga por aquí

Federico, cuadramos todo el peo, fresco parceros.

Los muchachos se gastan toda la mañana conversando. Se divierten poniendo a los perros a brincar para que cacen un hueso artificial amarrado a las copas del mango, primero, y luego a los barrotes de una ventana en una construcción vecina al parquecito.

Sobre el medio día llega Federico. Todos los rodean y lo interrogan con las miradas.

Este les dice:

- Pilas parceros me echan al río. Ese man (Stalin) ya entró en concentración, está que me traga...

-Quedamòs Q.A.P parcerero -le responde uno de los que lo rodean-. Le aviso si los chirrinchos se pillan algo.

Luego toma a su perro y se pierde con él por las calles del sector.

El sábado, como estaba acordado, los muchachos fueron recogidos frente al Obelisco por "Juanpa" en la camioneta de su casa.

-¿Y ese man dueño de Amín Dadá qué? -le pregunta "Juanpa" a Federico.

- Fresco parece, que ese man cae a la finca con su gallada -contesta Federico, y agrega: -Todo está legalizado, no hay problem.

Llegan a la finca sobre las cuatro de la tarde. Hay claridad y el ambiente es tibio.

-¿Y dónde nos parchamos? -interroga Federico.

-En la canchita parece, ahí nadie nos va a visajear ni nada de nada. Y el cucho que cuida la finca es un parcerero muy completo, podemos tirar frescura -contesta "Juanpa".

Un rato después llega el otro grupito de muchachos. Los dueños de los contendores se buscan y se saludan.

-Entonces qué parcerero -saluda el amo de Amín Dadá. El perro olfatea el suelo.

-A lo que vinimos amistá- dice Federico.

Hasta entonces Stalin ha permanecido en el volco de la camioneta amarrado con su cadena.

Los muchachos se dedican a charlar un buen rato. Y deciden trasladarse a la cancha. En el corto camino, los contendores, una vez que se han presentado, quieren romper las ataduras de los amos.

-Que hijueputas toros para entrompar -aprecia uno de los que siguen a Federico.

Se detienen cerca de una de las porterías de la cancha.

Los dueños les quitan las cadenas, pero no los collares, y retroceden unos pasos. Los contendores gruñen y se les erizan los pelos de alambre desde la cabezota hasta los muñones de las colas recortadas. Tienen las patas tiesas y un aire desafiante. Por unos instantes, como a la espera de una orden, se quedan inmóviles y vacilantes. Y entran en acción sin más preámbulos, dándose pechadas y hocicadas.

En los primeros mordiscos Stalin se nota más vivo y directo en sus movimientos de ataque y defensa, con los músculos y los tendones de hierro busca el cuerpo de Amín Dadá y se mueve con zancadas sueltas y ágiles.

Pero el otro, acaso más serio y reconcentrado, muestra la inquieta lengua por entre los colmillos afilados, recibe el choque de las arremetidas, sin dejarse mover, con el hocico al frente pero sin dar el cuello.

Aislados en el ruedo que delimitan una camioneta y dos motos, sobre las que parados y sentados observan los muchachos, los cuerpos enemigos se tragan la débil claridad de las cinco y media de la tarde que se extiende sobre la cancha de fútbol, en arenilla blanca, de la fina.

Stalin, de apetecido barcino, y Amín Dadá, de negro profundo, tienen una envergadura similar. No obstante, por el negro denso

se nota más cuajo Amín Dadá, una mole de músculos y cicatrices en la cara y el cuello, muchas todavía frescas sin tiempo de cerrar, en las que se lee la historia de numerosas batallas, a quien su amo azuza diciendo "vamos viejo, empute".

El barcino en cambio, es una fina mezcla de altivez y agresividad, que empuja para bajar del trono a su enemigo.

Los amos dan unos pasos adelante y se meten al ruedo a prender la hoguera: "us, us, us, vamos niño ataca, ataca", insiste Federico. "Pilas calidoso, de frente calidoso", motiva el dueño del negro.

A los perros se les erizan de coraje los pelos del lomo y se miran con chispas. Se van a la carga y gruñen incesantemente. Stalin le pega una dentellada resbalosa a la convaleciente cara de Amín Dadá, que queda aturdido al sentir la agresión que de inmediato despierta la sangre que se riega sobre el paisaje negro.

Apoyado en sus musculosas extremidades posteriores, Stalin, pone el pecho y la cabeza adelante, y siente un mordisco en la cara y luego otro en los hombros, como pegados por un relámpago. Responde con una dentellada medida y potente pero no logra dar en el blanco, y rompe el aire tibio tan fuerte, que se muerde los labios que de inmediato brotan sangre.

Se pone malhumorado. El otro, peleador sin ley, está encima y empuja con su cabezota del huevo y nariz descendente. Le propina una dentellada seca que le rasga hasta el hueso de un lado de la cara. Aguanta el dolor sin retroceder. "Amin Dadá" repite el ataque y le hace otro desgarrón en las orejas, recortadas desde los tres meses por su amo, para darle estampa de luchador.

Los muchachos ya están claramente divididos en dos

bandos. Hacen fuerza a favor de su preferido con suspiros de admiración o de reparo.

Entre los acompañantes de Federico hay dos mujeres: la novia de Alejo y una amiga de ésta. Alejo es el dueño de Spock, un perro blanco manchado de café con un año.

Otro es Camilo, que fue con su Pitb-Bull, de nombre Tyson, un perro negro garetas de tanto entrenamiento con chalecos, manchado de blanco como una vaca.

Los demás son: "Pipe", quien está en una esquina ayudando a "Juampa", que es familiar de los dueños de la finca, a filmar la pelea con una cámara de aficionado; y Luisito y Wilmer, los amos de "Killer" y "Damián", a los que dejaron en sus perreras.

Estos dos comienzan a rotar una botella de brandy y desde hace rato arman un cigarrillo de marihuana, con toda la paciencia del mundo.

Antes de 10 minutos los perros están visiblemente heridos. Sudan sangre por detrás de las orejas por las dentelladas insistentes sobre la parte alta del cuello. Sin pelos largos y tupidos -propios de los lobos y otras especies de perros- que detengan la fuerza de los golpes, los colmillos penetran y abren camino como un cuchillo sobre una fruta carnosa.

Pero todavía los perros de presa no han conseguido su objetivo: agarrarse con los dientes del cuello para tirar y cortar como una tijera la carne enemiga. Tratan de agarrarse para luchar, de modo parecido a como lo hacen de sus batas los judocas, para medir las fuerzas, aprovechar una vacilación, meter el pie y derribar.

Pasan así varios minutos. Stalin, decidido, embiste y logra hacer presa. Aunque la parte que muerde no es muy grande, si corresponde a esa porción inferior del cuello, más blanda,

donde se le hace daño a la garganta. La fina cabezota de Amín Dadá incomoda mucho al barcino.

Federico da unos pasos adelante y mete su cabeza en el ruedo: "Bien niño, isacúdelo!, isacúdelo! Stalin tira dos o tres veces con fuerza tratando de arrancar la carne, con el lomo erizado y los cuartos traseros en la palanca. Aprieta, aprisiona el pedazo y el aire. Ablanda la carne con la saliva y la sangre. Busca romper la tráquea y la yugular; para alimentar el río de sangre que corre y forma cauce, por el tapete negro brillante. De tanto hacer fuerza, su enemigo entrecierra los ojos.

Pasan lentos minutos. Un murmullo de admiración y otro de impotencia se escucha en las orillas del ruedo. La tarde huye por el cielo del Valle de Aburrá y pinta las montañas de verde oscuro.

Amín Dadá retrocede. Se llena de aire la caja torácica redonda, con las costillas perfectamente arqueadas. Se sacude y Stalin cierra los dientes sobre un pedazo de carne negra. Enfurecido por la herida que asoma por su capa como una burbuja roja, contraataca sin dejar montar la guardia al otro, que mantiene erizado el tigre del lomo.

Siente la mitad de los dientes de Amín Dadá cerrándose sobre su cuello como una aplanadora cortante, que presiona pareja y segura. El negro clava los dientes y sacude la cabezota para desgarrar. Stalin levanta incómodamente la suya con toda la boca abierta tratando de clavar los dientes de refilón.

Pero Amín Dadá no suelta. Aprieta, engulle la carne enemiga. Su mordida es firme y experimentada. Los dientes salvajes se hunden cada vez más buscando el gran tubo de sangre, y sacude para desgarrar cuanto puede.

Uno de los muchachos que acompaña al dueño del negro y que está sentado sobre una de las motos, se pone de pie, choca las palmas de las manos y grita: imátalo!, Amín, imátalo!, imátalo!

Stalin toma un segundo aire y, audaz, muerde la cara cruda del negro y aprieta para desgarrar. Uno y otro se arrastran a intervalos, se hacen un ovillo que remueve la arenilla de la cancha. Los luchadores se castigan encarnizados en el ruedo y se mueven como un remolino.

Parece que no pasan los minutos. Los muchachos se quedan en silencio.

Los gruñidos saltan agudos de barcino a negro y viceversa. Una de las muchachas chilla:

-¡Paren ya esa güevonada, es justo!

Federico casi la tumba con la mirada, y le habla a Alejo:

-Eso es lo que pasa, 'parce', con las mujeres, se cagan en todo con el moralismo.

La claridad de la tarde es absorbida por las primeras brazadas de la noche sobre las murallas verdes que encierran el Valle de Aburrá. Los Pit-Bulls enzarzados, son una masa que emana espuma, sudor y sangre. No se rinden, están determinados a proseguir el combate infinitamente.

La experiencia se pone del lado de Amín Dadá que no suelta. Redobla la fuerza de la dentellada sostenida, profunda, desgarradora, eliminando la barricada de carne que oculta la yugular. No suelta, corta. Se ahoga con la sangre de Stalin, pero no suelta.

Media hora de combate. Stalin está como adormilado. Aguanta. Mantiene el fuego en los ojos pero éstos no pueden hacer presa sobre el negro. La lengua se le anuda en la boca, quitándole la fuerza a su mordida.

Cuando los dueños deciden separarlos Stalin y Amín Dadá ruedan por la arenilla como dos bolas de sangre.

Dos muchachos acuden hasta ellos con una manguera y disparán potentes chorros de agua sobre la cabezota en carne viva de Amín Dadá. Este gruñe sordo y, con pereza, suelta el cuello del perdedor y se hace a un lado.

Federico y "Pipe" se le acercan a Stalin y escuchan la respiración moribunda. Lo levantan de las patas delanteras y lo depositan en el volco de la camioneta.

Amín Dadá, todavía en el ruedo, tiene tiesos los músculos. Babea sangre como un toro antes de doblarse. Gruñe cada vez que su amo le dice, dándole coscorrónes:

-Muy bien calidoso, ique putería!

Federico le da puntapiés a las ruedas traseras de la camioneta. Y repite a cada golpe:

- ¡Qué liga la mía! ¡Qué vida la mía tan hijueperra....!

"Pipe" le pasa el varillo y le dice:

-Desestrésese, parce, desestrésese... ♣

GLOSARIO.

Amista: compañero, amigo

Anfetas: anfetaminas

Bajo cuerda: clandestinamente

Brinco: apareamiento

Capa: pelaje

Caer: llegar

Cachucho: que no ha tenido relaciones sexuales

Cariñoso: caro, costoso

Calentar: denunciar, dañar

Coger de quietos: intimidarlos para atacarlos

Coronar: ganar

Culillo: miedo

Cuquita: bonita

Cuchos: padres, personas mayores

Cuajos: musculosos

Chácaras: cicatrices

Chandosos: perros sin linaje, los de la casa o los callejeros

Chirrinchos: policías

Darse el roce: mostrarse, exhibirse

Echar al río: denunciar

Encanar: encarcelar

folios § 25

Fichado: visto, observado
Fierrudo: muy bueno
Flecha: amigo experto en algún asunto
Gallada: grupo de muchachos
La bancaria: la firma
Ligar: dar resultados económicos
Liso: hábil, marrullero
Man: hombre, individuo
Money: dinero
Parabólica: el que escucha
Parche: grupo, lugar de reunión
Parcharse: ubicarse

Parlar: hablar
Peo: asunto complicado
Pillar: ver, descubrir
Pilas: alertas
Play: asunto, negocio
Paquete: un millón de pesos
Padrón: reproductor
Parcero: amigo
Patrasió: se echo atrás
Par güevazos: muy rápido
Problem: problema
Q.A.P: comunicados, en contacto
Se va de cajón: morirse

Sisas: sí
Tolis: listo
Veterino: veterinario
Violentera: viloencia
Visajear: observar ♣

CARLOS MARIO CORREA ha sido corresponsal del periódico EL ESPECTADOR en Medellín, desde hace varios años. En la actualidad es profesor del pregrado en Comunicación Social y estudiante de la Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.